

¡qué dignos sois de compasion en vuestros lastimosos descaminos! Haced, haced ostentacion de vuestra vanidad; preconizad vuestras escandalosas máximas; triunfad en vuestra conducta licenciosa; sostened con fiereza vuestra irreligion; nada estimeis sino vuestra orgullosa mundanidad; teneos en buen hora por prudentes y por discretos: vuestra misma conducta es la prueba mas concluyente de la mas insigne locura. ¿Puede haber mayor estravagancia que forjarse un camino enteramente contrario al que el mismo Jesucristo nos dejó espresamente demarcado? ¡Oh, y cuanta verdad es que no hay otra verdadera sabiduría sino las máximas del Evangelio! Todo hombre que se condena es sumamente insensato: solo son sabios aquellos que se salvan.

El Evangelio es del capítulo 12 de S. Lucas, y el mismo que el día 11, pág. 35.

MEDITACION.

Del amor á los desprecios.

PUNTO PRIMERO. — Considera que el amor á los desprecios es la prueba menos equívoca, y en rigor es la señal infalible de verdadera humildad. Engañanse no pocos teniéndose por humildes, porque conocen sus imperfecciones, y confiesan sus defectos. No basta sentir uno bajamente de sí: no es menester mas que un poco de reflexion para que cada uno conozca sus miserias y sus nulidades, con otro poco de entendimiento para condenarlas. Solamente los simples dejan de discernir las sombras. La estimacion de sí mismo es vicio de almas bajas y de entendimientos vulgares: un entendimiento despejado y noble, descubre con claridad todos sus defectos, y no se los disimula. Pero este conocimiento especulativo de ninguna manera constituye el carácter de la verdadera humildad. Es esta una virtud moral, que ni consiste, ni reside precisamente en el entendimiento, sino principalmente en la voluntad, domicilio y asiento de todas las virtudes cristianas. Para ser verdaderamente humildes es menester lo primero sentir bajamente de sí, y lo segundo desear que los demás sientan lo mismo, y no nos tengan por mejores de lo que somos. No hay mayor injusticia que exigir de los otros que estimen de nuestras personas aquello que nosotros mismos juzgamos digno de desprecio. ¿A quién le puede parecer mal que no sea estimado aquello que Dios condena, y que nosotros mismos condenamos? Ser verdaderamente humilde sin desear verdaderamente ser hu-

millado, no puede ser. Ya que el amor á los desprecios no sea sensible, ya que los sentidos y el amor propio se opongan á él, por lo menos debe ser aplaudido por la razon, así como lo es siempre por la religion. Humildad sin humillaciones siempre es sospechosa. Bien puede uno ser humillado sin ser humilde; pero es imposible desear serlo sin verdadera humildad. El mérito de los primeros cristianos y de los religiosos, consistió en vivir abatidos, humillados y despreciados del mundo. El original de aquellas ilustres copias fué el ejemplo de Jesucristo. La misma humillacion, el mismo desprecio puede ser dudoso, pues ninguno hay que no sea capaz de practicar el amor propio, siendo cierto, que entre todas las pasiones la mas cómica y la mejor representante es el orgullo, el cual se sabe fomentar hasta de las humillaciones y de los desprecios mas aparentes; pero el amarlos y el desearlos no puede ser sin verdadera humildad.

¡O mi Dios! ¡y qué poco se conforma esta doctrina con el gusto del mundo! La mayor parte de los devotos nada siente, nada aborrece tanto como la humillacion. Solo se busca una virtud aplaudida: los desprecios alteran y turban el corazon; ¿pero será muy castiza la virtud que se acomoda tan mal con ellos?

PUNTO SEGUNDO. — Considera, que la humillacion es constitutivo esencial de la penitencia, porque todo pecador verdaderamente contrito desea ser humillado. Es cierto que las humillaciones oscuras y mudas, las secretas y las interiores son antidoto excelente para conservar la virtud; pero no son absolutamente incompatibles con cierta oculta vanidad que roe y despedaza todo aquello que no nos humilla á los ojos de los hombres. Es nuestro orgullo un enemigo doméstico que se esconde, que se atrinchera, y que tal vez finge huir ó rendirse en las ocasiones; mas en la realidad ninguno le doma enteramente sino las humillaciones públicas, y los desprecios ruidosos. Desengañémonos, que solo con desprecios se fortifica la humildad. ¡Ay, Dios mio! y que poquitos son los que dicen de corazon con el profeta David: *Bueno es, Señor, para mí que me has humillado, porque de esta manera aprenderé á guardar con fidelidad tu santa ley.* ¡Ah! que solo el amago de una humillacion, de un abatimiento público nos estremece. Hasta las personas que hacen profesion de virtud desean ser humildes, pero no humilladas. La humillacion entibia al fervor, pone tedio á la virtud; entra despues la sequedad, y apodérase la amargura del corazon. En acabandose el aplauso se acaba la virtud: prueba evidente de que era superficial y bastarda. Ennoblecíó Cristo la humillacion despues que él mismo se

humilló y se anonadó, como se explica el Apóstol. El mismo Salvador fué quien nos delineó el plan de la vida cristiana, señalando todos los caminos, y entre ellos ninguno señaló que no esté lleno de valles oscuros y sombríos. Las cumbres son para el mundo, y para los atestados de su espíritu. *Aprended de mí* (dice el Señor) *que soy manso y humilde de corazon*. Pero la humillacion que nos enseña es la del corazon, no la de puro entendimiento; y esa humildad de corazon no es otra, propiamente hablando, que el amor á los desprecios. Ni esta importante leccion la dirige precisamente á los religiosos; dirigela á todos los cristianos, á todos sus discípulos, á los grandes del mundo, á los dichosos del siglo, á los sabios, á los ricos, á los ancianos, á los jóvenes. ¿Pero los cristianos de nuestros tiempos están muy adelantados en esta ciencia práctica? ¿Aman los desprecios tanto como los Santos los amaron? Ninguno hay en el cielo que no se señalase en el amor á sus abatimientos.

¡O Dios! ¡y cuan distintas fueron de las nuestras las máximas de los Santos! ¿Es nuestro espíritu el mismo que el suyo? Pero sin embargo la religion es la misma, la doctrina la propia. Muchos misterios encierra esta palpable contradiccion. Llegaron los Santos al término de su carrera; ¿y llegaremos nosotros al mismo, siguiendo camino tan opuesto?

¡Ah, Señor! ¡no consulteis, ni á mi corazon, ni á mi repugnancia natural! Humilladme, abatidme cuanto fuere de vuestro agrado, con tal que os digneis hacerme misericordia. Me es necesaria la humillacion, y si por mi cobardia no la amare, haced á lo menos que la acepte con resignacion.

JACULATORIAS. — Mucha cuenta me ha tenido, Señor, que me hayais humillado. (*Psalm.* 118.)

Sostenedme, Señor, en mis abatimientos, segun lo habeis prometido. (*Ps.* 118.)

PROPOSITOS.

1 Se temen, se aborrecen las humillaciones, y no se teme la condenacion eterna, que ciertamente es el mayor y el mas vergonzoso de todos los abatimientos. Nuestro orgullo es el origen de todos nuestros desórdenes, y tarde ó temprano causa la muerte del alma. ¿Qué remedios no se aplican para curar un absceso? No se perdona al hierro y al fuego; admítense con gusto los mas amargos, los mas desabridos, como se consideren eficaces. Esta virtud tiene respecto del orgullo la humillacion: es

amarga al amor propio, no hay duda; pero es un soberano específico para curar la inflamacion interna del corazon, por la cual el hombre se abulta á sí mismo, y concibe una magnífica idea de su persona. La humillacion le reduce á su justa medida, y haciéndole bajar de aquellas alturas en que se le anda la cabeza, pone límites á la ambicion, moderando sus deseos. Ama un medio tan eficaz para hacerte feliz. Si no tienes valor, ni virtud para solicitar los abatimientos, por lo menos no vuelvas las espaldas á los que se te presentan: estimalos como señal cierta de la particular bondad con que te mira el Señor, y dale gracias prontamente con alguna breve oracion. Es loable costumbre la de rezar el *Laudate Dominum omnes gentes*, cuando nos sucede algun abatimiento; y guárdate siempre de prorumpir ni en la mas leve queja.

2 Siéndonos tan provechosa la humillacion, ¿qué razon habrá para que no tengamos por amigos aquellos de quienes se vale Dios para enviarnosla? Háganlo por pasion, ó háganlo por inadvertencia, siempre debemos amar la mano que nos cura, aunque nos abrase. Cuando el remedio es eficaz no se repara en que sea amargo. No hay mayor injusticia que mirar con malos ojos á los que nos humillan: si fuera licito tener aversion á alguno, debiera ser á los que nos exaltan, pues contribuyendo á nuestra perdicion, no parece debiéramos quedarles muy obligados. ¿Te ofendió, te abatió, te humilló alguno? Pues trátale con mas cariño, dedícale á servirle con mayor cuidado, y deja que gruña el amor propio todo lo que quisiere: mantente firme en esta práctica, porque no la hay mas segura para hacer grandes progresos en la perfeccion. Frecuentemente nos volvemos contra nuestros concurrentes, contra nuestros superiores, contra nuestros preladados cuando nos sucede alguna humillacion; hacemos muy mal. ¿Y por qué no nos volveremos contra nuestra insuficiencia, contra nuestra tropelia, contra nuestro poco espíritu, contra nuestra estupidez, que nos acarreó aquel abatimiento, mil veces merecido por otros muchos motivos? ¿Cosa estraña! Todos confesamos buenamente que á los ojos de Dios somos despreciables; y nada sentimos tanto como ser efectivamente despreciados.

DIA XXVIII.

MARTIROLOGIO.

EL TRÁNSITO DE SAN VIDAL, mártir, en Ravena, padre de los santos Gervasio y Protasio, el cual por haber enterrado con el debido honor